



XXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

**“Todo el que se ensalza será humillado;
y el que se humilla será ensalzado”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario.

Lecturas: Eclesiástico 3,17-20. 28-29; Hebreos 12,18-19.22-24; Lucas 14,1.7-14.

Jesús de Nazaret, a quien confesamos con Pedro como “el Cristo de Dios” (Lc.9,20) es un hombre bien humano, plenamente humano. En esa plenitud y hondura de su humanidad descubrimos –como escribiera Hugo Echegaray- “el mejor índice histórico de su divinidad, la cual, por otra parte, sólo es proclamable a la luz de la experiencia pascual de la fe”. No es en algún rasgo extraordinario o sobrehumano, sobrepuesto a su humanidad verdadera y plena, donde podremos encontrar lo divino de Jesús; lo vislumbramos, más bien, en el acercamiento maravillado a lo cotidiano de su vida, iluminados definitivamente por la fe en la acción de Dios que resucita a Jesús y lo revela como Cristo y Señor, Hijo de Dios. Así lo proclamaron los primeros testigos y evangelizadores (Hech. 2,32.36). La divinidad de Jesús no constituye propiamente un hecho que se pueda “comprobar”, no se “prueba” con demostraciones históricas, sino que “se cree” en la adhesión a la Palabra que nos ha sido anunciada “para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que creyendo tengan vida, en él” (Juan 20,31). Con esa mirada histórica y creyente nos acercamos a los relatos evangélicos para que, conociendo mejor las acciones y palabras de Jesús, podamos adentrarnos en el misterio de su persona y de su misión salvífica, creyéndola y siguiéndola.

A veces los relatos de acciones y dichos de Jesús pueden parecernos menos importantes, pero siempre nos remiten a actitudes y relaciones humanas más fraternas y, por tanto, más propias de quien ha sido llamado a vivir humanamente como Hijo del Padre común. Un tema frecuente en los evangelios, en el que se han fijado mucho los recientes comentarios, es el de las comidas de Jesús: comensalidad abierta sin exclusiones; con toda clase de personas, incluidos como en este relato los fariseos, a los que en diversas ocasiones duramente critica; con pecadores y personas

* Ciclo C.

mal vistas social y religiosamente; con la gente que le sigue, “como cinco mil hombres”, a quienes acogió en una comida en la que “comieron todos hasta saciarse” (9,14.17).

En el curso de una estas comidas –“sucedió que un sábado fue a comer a casa de uno de los jefes de los fariseos”- Jesús comparte la mesa, observa el comportamiento de los comensales, habla y propone en parábolas enseñanzas sobre el Reino de Dios. Así lo entendió uno de los comensales, que dijo: “Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios” (14,15). Jesús había precisado anteriormente, por una parte, que es preciso acogerlo con humildad y sin pretensiones de superioridad sobre los demás y, por otra, reconociendo explícitamente la inclusión prioritaria de los pobres y alejados. (14,16-24).

La lectura de este domingo se centra en la crítica al afán por sentirse más importantes y dignos de reconocimientos y privilegios, que en realidad no corresponden. Es la pretensión de “figurar” por encima de los demás y de no contentarse con la estima y el lugar que merecemos. A veces se prefiere la ficción mentirosa de la que nos gustaría presumir, y no la verdad auténtica de nuestro valor y dignidad propios. Lo malo de esta pretensión consiste en que se realiza negando o disminuyendo la dignidad y el valor de los otros. Esa competencia nos enfrenta, opaca la real fraternidad en la que Jesús quiere situar a los miembros de la comunidad. Pablo lo entendió bien y lo recuerda en la carta a los Romanos: “No se estimen en más de lo que conviene, tengan más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual” (Rom. 12,3). Esta verdad sobre sí mismo, en la que consiste una auténtica humildad o una verdadera autoestima, entiendo que también tiene una gran importancia social: la estima y valoración sincera de los demás acrecienta lo que se puede esperar de ellos y por tanto lo que se les puede reclamar como aporte al bien común. En un himno cristológico, que Pablo retoma en la carta a los Filipenses, para fundamentar en los de Cristo los sentimientos y actitudes de los cristianos, encarece: “Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo”. La humildad como condición para un auténtico servicio liberador, además de una actitud humana sensata, constituye una nota característica del verdadero seguimiento de Jesús.

Las palabras de Jesús en esa comida ponen de relieve la constatación de una experiencia: “Porque todo el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado”. Es verdad que con frecuencia este cambio lo experimentamos ya en el curso de la vida cotidiana. Pero el horizonte del dicho de Jesús radica más en el juicio - no en la revancha- del Reino de Dios, como instancia crítica de las acciones y de las pretensiones humanas. No obstante, constatamos que la pretensión de autoensalzamiento sigue presente. Y corrompe. Lo descubrimos reiteradamente en la sociedad y en la iglesia también. Deriva en la corrupción no sólo en la actividad económica y política; se trata de algo más grave todavía: la humillación y el falseamiento de la identidad de las personas. Se requiere una conversión muy profunda, que precise en términos muy humanos y sociales lo que Pablo pedía a los

miembros de sus comunidades: “Tengan los mismos sentimientos que Cristo”, ser humildes y autocríticos, cuidarnos y cuestionarnos valorando lo auténtico de las personas por encima de la imagen falaz y engañosa que desde el poder se pretende dar. Hoy parece que se busca exhibir la importancia de las personas con la muestra ostentosa de lujos innecesarios y con remuneraciones que resultan escandalosas para la penuria en que vive la mayoría de la población. La soberbia de quien se cree - momentáneamente- por encima de los demás obnubila y corrompe el sentido de la equidad y de la justicia. El afán por aparentar más –lo pone de relieve Jesús en la parábola- desnuda la pequeñez de quien presumidamente lo pretende.

Estas amonestaciones las encontramos ya en la literatura sapiencial del Primer Testamento. Recogen pensamientos surgidos de la experiencia y meditados a la luz de la fe. Brevemente se concentran en las últimas líneas del texto del Eclesiástico leído este domingo: “La desgracia del orgulloso no tiene remedio... un oído atento es el anhelo del sabio”. El orgulloso no es capaz de reconocer sus errores, se siente seguro de poseer la verdad, no tiene nada que aprender de los demás. No es persona apta para el diálogo ni para la búsqueda consensuada del bien común. Por eso afirma: “cuánto más grande seas, más debes humillarte”.

Las palabras tomadas de Hebreos continúan y concluyen la reflexión sobre la fe, comparando la forma como se ha ido manifestando en las dos Alianzas: En la primera, como el Dios que, hablando por boca de Moisés, aterroriza a quienes él se aproxima, de modo tal que “suplicaron los que lo oyeron no les hablara más”. El Dios de la Nueva Alianza se nos ha acercado en Jesús, “mediador de una nueva alianza”. Siguiendo con un lenguaje inspirado en los rituales de alianza, formula la peculiaridad de la Nueva Alianza: “la aspersion purificadora de una sangre que habla más fuerte que la de Abel”. La “sangre” representa toda la vida de Jesús, su testimonio de un amor liberador entregado hasta la muerte, nos muestra el nuevo rostro de Dios que como Padre/Madre nos da a su Hijo “para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn. 10,10). Esto constituye la esencia de la Nueva Alianza que hay que vivir y anunciar agradecidos y con alegría.